

EN DEFENSA DEL SIONISMO LIBERAL

Para empezar, hay que hacer dos observaciones. La primera es advertir al lector de que esta crítica de la obra de Gabriel Piterberg *The Returns of Zionism*, un trabajo de un antisionista convencido, la realiza un sionista que no está menos seguro de sí mismo¹. He hecho todo lo posible para leer el libro de Piterberg con objetividad y con una mente abierta, pero si esta crítica la hubiera escrito uno de los escritores antisionistas que Piterberg cita extensamente, hubiera sido muy diferente. En segundo lugar, debo dejar claro que cualquiera que sean las reservas y críticas que pueda hacer, el libro de Piterberg es uno de los trabajos más interesantes sobre el sionismo –de un antisionista militante– de los que he leído en mucho tiempo.

El propósito de *The Returns of Zionism* está claro y Piterberg no lo oculta: la total deslegitimación del Estado-nación judío fundado en Palestina. Hace un cuarto de siglo, esta idea tuvo cierta novedad; despertó la curiosidad, especialmente porque la historiografía sionista estaba caracterizada por el conformismo, por no decir por un planteamiento anticuado y obsoleto; pero, desde entonces, los antisionistas han establecido su propio conformismo y se han quedado atascados en su fango. Al mismo tiempo, la historiografía israelí se ha liberado de muchas de sus debilidades tradicionales, perfectamente comparables a las de la historiografía francesa o alemana de los siglos XIX y XX. Además, la extrema politización del discurso antisionista y su considerable presencia en los medios de comunicación no han beneficiado a la investigación. Uno podría decir que, como el posmodernismo, el antisionismo ha envejecido de mala manera. Pero si los trabajos cuyo propósito es la deslegitimación del movimiento nacional judío y del Estado de Israel son una legión, el de Piterberg se distingue por su alto nivel intelectual y por la cultura general del autor. Esto no significa que consiga evitar los habituales errores del género, pero aunque no descubre América, su libro tiene suficiente mérito como para merecer una lectura crítica en profundidad.

¹ Gabriel Piterberg, *The Returns of Zionism. Myths, Politics and Scholarship in Israel*, Londres/Nueva York, 2008.

Guerra y asentamiento

Con gran honestidad, el autor anuncia su intenciones desde el principio, y la primera frase del trabajo proporciona la esencia del conjunto:

Este libro es el producto de una comprensión. Crecí en una próspera parte de Israel en la que se esparcen los asentamientos de cooperativas sionistas. La región se llama Emeq Hefer. Lo que llegué a comprender fue que debajo de Emeq Hefer se encuentra –borrado y enterrado– Wadi Hawarith; y que mis alegres y privilegiadas infancia y juventud en Emeq Hefer estaban inextricablemente entrelazadas con la destrucción de Wadi Hawarith y la expulsión de sus anteriores habitantes.

Esta manera de proceder no es inusual entre israelíes, tanto los que viven en el país como los que han decidido irse. Hay innumerables israelíes, jóvenes y no tan jóvenes, que han encontrado en determinado momento de sus vidas que el renacimiento nacional judío ha exigido que los árabes pagaran un precio exorbitante. Un pequeño número ha tomado el camino emprendido por Piterberg: para ellos, la injusticia hacia los palestinos, que han sido parcialmente expulsados de su país, nunca puede quedar expiada, a no ser quizá que los judíos de Israel acepten la extinción del sionismo, devuelvan las tierras confiscadas después de la Guerra de la Independencia, reconstruyan los 350-400 pueblos árabes destruidos en la guerra y acuerden convertirse en una minoría dentro de un Estado árabe-palestino. De acuerdo con Piterberg, son humanistas cosmopolitas, auténticos descendientes de Hannah Arendt, mientras que todos los sionistas, ya sean de derechas o de izquierdas, por definición pertenecen al campo colonialista. Fiel a sus ideas, Piterberg ha declarado una guerra intelectual total contra el sionismo y libra batallas en cada una de las páginas del trabajo que nos ocupa.

La tesis de este trabajo está establecida sin ambigüedades: el sionismo es malo por su naturaleza y principios, y no sólo por sus resultados. El sionismo es un colonialismo, no un simple nacionalismo radical: incluso en su versión de izquierdas, es un nacionalismo colonialista. Los blancos de Europa vinieron a subyugar a una población indígena y, después de reducir la a la servidumbre, finalizaron la tarea con una «limpieza étnica». Desde luego, el término es –como en el trabajo de Ilan Pappé, cuya influencia sobre Piterberg fue determinante– una evocación de la Bosnia de Radovan Karadžic. Como en una tragedia griega, el resultado del drama se conoce con antelación. Piterberg considera la «limpieza étnica» parte integral del sionismo –de la lógica de su programa–, no, como considerarían muchos sionistas, como un subproducto de la larga y difícil guerra de 1947-1949, lanzada por los Estados árabes contra la fundación del Estado judío. Para Piterberg, esta guerra desempeña un papel secundario, pero se nos hace creer que, en cualquier caso, habría pasado lo mismo. Un lector cuya única fuente de información fuera *The Returns of Zionism* nunca se imaginará que la comunidad judía en Palestina perdió el 1 por 100

de su población en esta guerra. A modo de comparación, la Segunda Guerra Mundial tuvo un coste para Estados Unidos del 0,32 por 100 de su población, el Reino Unido perdió el 0,95 por 100 y Francia (incluyendo a los judíos deportados hacia el este), el 1,35 por 100. El hecho de que las acciones más indefendibles, los asesinatos y las expulsiones que sembraron el pánico entre la población árabe fueran iniciativas locales –como en el caso más infame, la destrucción de Deir Yassin, cerca de Jerusalén, realizada por militantes de la extrema derecha– no tiene interés para Piterberg. Igualmente, no concede importancia al hecho de que nunca hubo una política organizada de expulsiones. La mayor parte de los árabes, especialmente en el norte del país, no se movieron, y actualmente los árabes israelíes constituyen el 20 por 100 de la población.

Tampoco muestra Piterberg ninguna conciencia del hecho de que, si los palestinos temían a los judíos, los judíos temían a los ejércitos árabes que invadieron Palestina el 15 de mayo de 1948. Actualmente es difícil de imaginar que el ejército sirio que bajó desde los Altos del Golán, fue detenido solamente en las últimas alambradas de seguridad del kibbutz Degania, en el valle del Jordán, o que el Ejército Árabe de Liberación fue derrotado en el Kibbutz Mishmar HaEmek, en la carretera principal entre Haifa y Jenin. La carretera a Jerusalén quedó cortada. La Legión Árabe Jordana conquistó el barrio judío de la ciudad, lo destruyó y expulsó a sus habitantes. La Legión Árabe también ganó la batalla de Gush Etzion al sur de Jerusalén y arrasó sus asentamientos judíos. El ejército egipcio sufrió graves pérdidas, pero consiguió atravesar las líneas israelíes de defensa hasta la actual ciudad de Ashdod, a unos 35 kilómetros de Tel Aviv. Esta guerra, en la que se jugó el destino de las dos comunidades en Palestina, la judía y la árabe, provocó un sinnúmero de desastres y brutalidades. Pero para Piterberg no explica nada: para él, la ideología sionista era, desde su comienzo, una asesina idea colonialista; el proyecto de «limpieza étnica» fue el resultado inevitable.

Una exploración de «mitos, políticas y estudios», *The Returns of Zionism* admite no tener ni una tesis global establecida que probar ni una narrativa directa. En vez de ello, en los sucesivos capítulos se avanza un conjunto de razonamientos interrelacionados, que consideran las aproximaciones opuestas de Theodor Herzl y Bernard Lazare; las teorizaciones sobre el «colonialismo de los asentamientos»; las contribuciones de los intelectuales judíos en Jerusalén durante el Mandato, especialmente de Scholem, y la política y cultura israelíes posteriores a 1947. Sin embargo, antes de comenzar con ellos, debo expresar mi desacuerdo con el método del autor. En su introducción, Piterberg declara su no adhesión a «las convenciones de la literatura académica»: su libro «desprecia la distinción entre la literatura y las fuentes “primarias” y “secundarias”», ya que los temas de su estudio —mitos fundacionales, imaginación literaria o conciencia histórica— son «abstracciones construidas» y, por ello, desde su punto de vista, «intelectualmente es insostenible alegar que la literatura académica, actual o pasada, sobre estos temas está al margen de ellos». Él ha

optado por esta opción y está en su derecho: haciendo una deliberada elección, adopta la solución fácil, que es prescindir de las fuentes primarias. La literatura académica tiene sus reglas que uno puede suscribir o despreciar, pero no puedo estar de acuerdo con él. La distinción entre fuentes primarias y secundarias es una distinción fundamental. La historia, la ciencia política y la sociología, las disciplinas de las que se ocupa Piterberg, ya tienen suficiente debilidad inherente como para añadir de modo deliberado un grave error que puede evitarse fácilmente.

Lecciones de la Tercera República

El primer capítulo es un microcosmos intelectual y metodológico de todo el libro. Piterberg muestra cómo Theodor Herzl, el defensor del asentamiento soberano, se oponía a Bernard Lazare, el paria consciente que preparó el camino para Hannah Arendt². Para Piterberg esta «bifurcación» es el *Ansatzpunkt* [punto de partida] del pensamiento político moderno judío. En esta separación de caminos,

Lazare era fiel a un nacionalismo anarquista-revolucionario, que se entendía como los cimientos de un proyecto humanista universal, mientras que Herzl postulaba un nacionalismo burgués de asentamientos, que pretendía crear un Estado judío en un territorio habitado por nativos no-blancos.

¿Pero cómo fue que un judío asimilado como Herzl se convirtió en nacionalista o, de acuerdo con Piterberg, en un colonialista? Estaba preparado para ello, si es que no predeterminado, por su entorno y sus afinidades intelectuales. Piterberg sostiene que Herzl pertenecía a la escuela de los grandes enemigos del liberalismo, del humanismo y del cosmopolitismo de su época: la del nacionalismo racial austriaco de Georg von Schönerer y Karl Lueger. Para ello, Piterberg cuenta con la autoridad de Carl Schorske en su ensayo «An Austrian Trio» en *Finde-Siècle Vienna*³. Sin embargo, Herzl no era un Schönerer judío por una razón básica: mientras que el «gángster, filisteo y aristócrata» (Schorske *dixit*) estaba tratando de enterrar el liberalismo, Herzl solamente estaba sacando conclusiones de esta campaña paneuropea para permitir que los judíos sobrevivieran a la tormenta que veía aproximarse. Schönerer aguardaba esa tormenta como una liberación; Herzl temía que los judíos fueran sus primeras víctimas. Si hubiera podido salvar el liberalismo, Herzl hubiera permanecido siendo lo que era: un asimilado judío liberal que 30 años más tarde hubiera acabado en Dachau o Auschwitz.

² Bernard Lazare, *Job's Dungheap. Essays on Jewish Nationalism and Social Revolution*, Nueva York, 1948. Los textos de Arendt sobre «Herzl y Lazare» pueden encontrarse en *The Jewish Writings*, Nueva York, 2007, pp. 338-342 [ed. cast.: *Escritos judíos*, Barcelona, Paidós, 2009].

³ G. Piterberg, *The Returns of Zionism*, cit., pp. 30-32.

Piterberg insiste en que el *affaire* Dreyfus no fue el punto de partida del sionismo herzliano. La suerte del capitán judío causó poca impresión en el periodista vienés: Herzl mencionó la condena de Dreyfus en sus artículos, pero nada más que eso. De acuerdo con Piterberg, esto prueba que las raíces del sionismo político se encuentran en un radical nacionalismo racial y en las antirracionalistas políticas de masas de Lueger y Schönerer; Herzl no era otra cosa que la variante judía de estos dos austriacos, un producto de la Viena prenazi que era el caldo de cultivo de tantos desastres. En resumen, lo que este Lueger-Schönerer judío fundó fue un nacionalismo asesino que, medio siglo después, culminó en la «limpieza étnica» de 1948-1949.

En mi opinión, la evolución de Herzl y la interpretación que hay que dar a su pensamiento es completamente diferente⁴. Como corresponsal de un gran periódico liberal, Herzl pasó los años 1891-1895 en París y se vio inmediatamente frente a la primera gran crisis de la democracia liberal. Herzl sabía lo que cualquier judío culto entendía: que el destino de los judíos dependía del destino de la sociedad liberal y emancipatoria que había surgido de la Revolución francesa de 1789. En París estuvo en la capital de la sociedad liberal más avanzada de Europa. La Tercera República, a pesar de muchas críticas justificadas, especialmente por parte del movimiento obrero, había establecido un régimen que era la envidia de todo el continente. Había sufragio universal para los varones, gobierno parlamentario, libertad de prensa, libertad de organización sindical y educación libre a todos los niveles, desde la guardería hasta los estudios de posgrado, acompañada por una serie de becas que permitían que niños pobres con especial talento vivieran en internado a expensas del Estado.

Sin embargo, detrás de esta brillante fachada acechaba una profunda inquietud intelectual y política que explotaría a finales de la década de 1880. En enero de 1899, cuando en unas elecciones parciales el general nacionalista Boulanger fue triunfalmente elegido diputado por París, pareció que el régimen estaba a punto de desaparecer en las cercanas elecciones legislativas. Cuando llegó a París dos años más tarde, Herzl sabía que, aunque Boulanger se había suicidado y el boulangismo había fallado en su intento de desestabilizar el régimen, una poderosa corriente popular había permitido a unos cuantos boulangistas, en alianza con ciertos elementos de la extrema izquierda blanquista, obtener escaños en los barrios más pobres de París. Había aparecido un partido «nacional y social» moderno, con algunos dirigentes que empleaban un lenguaje similar al de Lueger, que Herzl detestaba, tanto por liberal como por judío.

Realmente el movimiento boulangista, que de manera extraña recordaba a Herzl sus experiencias en Viena, señala el nacimiento del antisemitismo

⁴ La biografía más reciente y probablemente la más interesante intelectualmente es la de Shlomo Avineri, *Herzl*, Jerusalén, 2007.

político en Francia. Algunos de los boulangistas importantes —Édouard Drumont, Henri Rochefort, Maurice Barrè y otros— abanderaron violentas campañas antisemitas en París y provincias. En 1886, Drumont publicó *La France juive*, que se convirtió en un tremendo *best-seller*, seguido en los seis años siguientes por cuatro clásicos más del antisemitismo. A la calle llegaban legiones de otras publicaciones, incluidos los tres *best-sellers* de Gustave Le Bon, publicados entre 1894 y 1898, que fueron traducidos a dieciséis idiomas y que constituyen una de las críticas más influyentes de los derechos del hombre, del liberalismo y de la democracia: *Psychologie des foules*, *Les lois psychologiques de l'évolution des peuples* y *Psychologie du socialisme*. En 1892, Drumont fundó el gran diario antisemita *La libre parole*: su estilo beligerante en el momento del escándalo de Panamá hace que su antisemitismo aparezca como una forma de socialismo. Drumont y otros antisemitas de su época se situaban en la tradición del antisemitismo de extrema izquierda de los blanquistas Gustave Tridon, Alphonse Toussenel y Auguste Chirac; estaban influidos por Ernest Renan, destacado intelectual francés y uno de los más prominentes enemigos de la democracia, cuya *Histoire générale des langues sémitiques* había sido publicada en 1855. Su trabajo también manifestaba una tendencia claramente antisemita. La *Revue socialiste*, por su parte, alabó el éxito de Drumont. Como dijo Barrès, el antisemitismo se convirtió en la «fórmula popular por excelencia», que permitía a todos los buenos franceses, de todas las clases sociales, formar una unidad nacional. Se convirtió así en una herramienta política de la mayor importancia. La derecha francesa lo utilizó hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y con las leyes raciales de Vichy se exhibía como manera de oponerse a la Ilustración y a la Revolución francesa. La izquierda fue capaz de librarse del antisemitismo después del *affaire* Dreyfus y de la relativa marxistización del socialismo francés a principios de la década de 1900, pero la derecha se aferró a él durante todo el siglo xx.

Como periodista culto con una mente inquisitiva, Herzl sacó las conclusiones apropiadas: el ordenamiento liberal en Europa occidental se estaba tambaleando y la emancipación estaba amenazada incluso en el país donde se había inventado. Se dio cuenta de que el rechazo de la democracia liberal, el llamamiento a un sentimiento nacional opuesto a ella y las manifestaciones del antisemitismo eran todos parte del mismo fenómeno. Ésta fue la gran lección que sacó de su experiencia parisina. Piterberg concede mucha importancia al hecho de que Herzl apenas mencionara el primer juicio contra Dreyfus de diciembre de 1894, pero lo cierto es que realmente nadie le prestó mucha atención, al margen de la familia y los amigos del capitán. Bernard Lazare creía en su inocencia porque le había convencido la familia de Dreyfus, pero en la esfera pública no había ninguna razón en ese momento para tener dudas sobre la justicia militar. El caso Dreyfus solamente se convirtió en el *affaire* Dreyfus en 1898, cuando quedó claro que se habían violado las reglas elementales del procedimiento judicial y que el demandado había sido acusado sobre la base de un *dossier* secreto, del que no tenía conocimiento y que con-

tenía pruebas fabricadas en los cuarteles del ejército. Entonces fue cuando Jean Jaurès se hizo cargo de él y convenció al dirigente marxista Jules Guesde para que acudiera en ayuda del oficial burgués, en nombre de los valores universales. Hasta entonces, los socialistas, cuando no mostraron claras simpatías boulangistas, como el yerno de Marx, Paul Lafargue (algo de lo que Engels se quejaba amargamente), se habían mantenido fuera de la coalición burguesa que defendía el régimen. Por ello el *affaire*, cuando se convirtió en una gran crisis de la democracia liberal, no puede entenderse sin tener en cuenta la larga crisis boulangista que le precedió, y la agitación antisemita durante toda la década de 1890. Ésta era la atmósfera que empapó a Herzl durante su estancia en París, cuando llegó a la conclusión de que, si el antisemitismo podía causar un maremoto de sentimientos populares en el país que había sido pionero en los derechos humanos, donde los judíos constituían un escaso 0,25 por 100 de la población, el futuro de los judíos en toda Europa estaba en juego.

Herzl ya tenía un profundo conocimiento del nacionalismo y del antisemitismo alemán. Al publicista Wilhelm Marr, que probablemente inventara el término antisemitismo en 1879, le siguieron Heinrich von Treitschke, Julius Langbehn y Paul de Lagarde. Lo que él no sabía era que había una versión francesa del nacionalismo *völkisch*. Consideraba evidente que las ideas de *Blut und Boden* [sangre y suelo] habían influido profundamente en la cultura alemana, pero que una forma comparable de nacionalismo, sistematizada por Barrès en el momento del *affaire* Dreyfus como *la Terre et les morts*, formara parte integral de la cultura francesa fue una revelación que iba a tener un efecto crucial en su pensamiento. El descubrimiento de que en Francia existía el mismo fenómeno de rechazo hacia los judíos, en un país cuya historia era todo lo diferente que podía ser de la de los países de lengua alemana, arrojó una duda sobre todos los logros de la Emancipación, de la Ilustración y de la Revolución francesa. Concluyó que el nacionalismo *völkisch* y su contrapartida, el antisemitismo, eran un fenómeno general en Europa. Al mismo tiempo, como toda Europa, vio el auge del antisemitismo de Estado del Imperio ruso, que buscaba claramente librarse de sus judíos: desde la década de 1880 empezó un éxodo judío hacia Estados Unidos, en el que participaron millones de personas hasta que el país cerró las puertas en la década de 1920. Medio siglo antes de la Shoah, Europa empezó así a vomitar a sus judíos: físicamente en Europa del Este, ideológicamente a ambos lados el Rin.

La utopía de Herzl

Herzl no fue la única persona en darse cuenta de que en una sociedad *völkisch* los judíos, por muy asimilados que pudieran estar, nunca encontrarían un lugar; solamente podían sobrevivir en la sociedad del *ancien régime* o en la sociedad de ciudadanos liberal, abierta, posterior a 1789. Nadie se hubiera alegrado más que Herzl si todavía se pudiera aplicar la definición de nación hecha por Diderot y d'Alembert, «gente que vive en

un determinado territorio, limitado por fronteras determinadas y que obedecen al mismo gobierno»⁵. Esta ilustrada visión de la colectividad, basada en una lógica que hacía que los *encyclopédistes* rechazaran cualquier cosa que oliera a sinrazón, no sobrevivió a los primeros días de la Revolución francesa. Quedó erradicada por la revuelta contra la Ilustración, por la visión orgánica de Herder del determinismo nacional y cultural, por el nacionalismo conservador de Burke y, más tarde, por el renacer del nacionalismo alemán y las Guerras napoleónicas. Esta concepción de la nación representaba el heroico intento de los hombres de la Ilustración para superar las resistencias de la historia y de la cultura, y afirmar la autonomía de lo individual. A finales del siglo XIX, esta concepción estaba muerta y enterrada. Lo que surgió de las ruinas de la Ilustración era la idea de una sociedad tribal, estrechamente agrupada alrededor de su núcleo racial, sus iglesias y cementerios, en la que los judíos no solamente serían siempre un elemento extraño, sino que sus derechos como hombres no valdrían más que el papel donde estuvieran escritos.

En este contexto, la utopía herzliana, liberal hasta la ingenuidad –véase su *Altneuland*–, no era menos racional que el proyecto socialista de su tiempo; y es a su utopía a la que debemos el hecho de que, en 1945, 500.000 judíos vivieran a salvo en Palestina en vez de haber desaparecido en Europa. En contra de la opinión de Piterberg, Herzl no rechazó el racionalismo en la política, y su estilo de liderazgo «con un fuerte sabor por la grandilocuencia» no le convirtió en un acólito de Lueger y Schönerer. (El estilo de Jaurès no era muy diferente.) El fundador del sionismo político no era un teórico de la política, un gran escritor o dramaturgo. Era un excelente periodista que tenía una genial intuición: comprendió el peligro que se cernía sobre los judíos en Europa en cuanto empezó a tambalearse el orden liberal, e, igualmente, que el antisemitismo era sólo un aspecto de la gran batalla contra la Ilustración; se dio cuenta de la necesidad inmediata de establecer un programa político y proporcionar las herramientas para su implantación. Su sentido de la urgencia fue tal que estaba dispuesto a aceptar cualquier solución territorial –en África, en América del Sur o en el desierto del Sinaí, en las fronteras de Palestina–, siempre que permitiera a los judíos convertirse en una comunidad organizada capaz de asegurar un futuro para sí misma.

Arendt, justamente admirada por Piterberg aunque no siempre por las razones correctas, medio siglo después reconoció implícitamente la inicial intuición de Herzl:

No sólo la pérdida de los derechos nacionales en todas las instancias supone la pérdida de los derechos humanos; la restauración de los derechos humanos, como demuestra el reciente ejemplo de Israel, se ha alcanzado hasta aho-

⁵ Véase la entrada «Nation» en *Encyclopédie, ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers*, Lausana, 1781, vol. XLIV, p. 221.

ra por la restauración o el establecimiento de derechos nacionales [...] El mundo no encontró nada sagrado en la abstracta desnudez del ser humano⁶.

Aquí Arendt fue un paso más allá. Según ella, cuando Burke escribe sobre los «derechos de los ingleses», ya temía que los principios de los derechos naturales e inalienables, o, en otras palabras, de los derechos abstractos, «el derecho del salvaje puro», reducirían a los pueblos civilizados al estado de salvajes. Debido a que sólo los salvajes carecen de otra cosa que de su cualidad de ser humanos, los hombres se aferran a su nacionalidad:

Los argumentos de Burke, por ello, ganan un nuevo significado si miramos solamente a la condición humana general de aquellos que han sido forzados fuera de toda comunidad política. Al margen del tratamiento, independiente de libertades u opresión, justicia o injusticia, han perdido todas esas partes del mundo y todos esos aspectos de la existencia humana que son el resultado de nuestro trabajo en común, el resultado del artificio humano⁷.

Un segundo acontecimiento importante se produjo en vida de Herzl: el pogromo de Kishinev en 1903, en el que 49 personas fueron asesinadas a las puertas de Europa (Chisnau actualmente es la capital de la república de Moldavia). En muchos aspectos, este acontecimiento, seguido por los disturbios de los años 1904-1905 en los que otros 19 judíos fueron asesinados en Kishinev, constituyen el punto de partida de la segunda *aliyah*, la ola de emigrantes que iban a fundar el movimiento obrero judío en Palestina y gobernar el Estado de Israel hasta finales de la década de 1960. En ese momento, prácticamente en todas partes se crearon los grupos de autodefensa: en la zona de Polonia bajo mandato ruso, en Ucrania y en la Rusia blanca. En uno de esos grupos de autodefensa en Varsovia, formados por jóvenes sionistas socialistas, estaba un tal David Gruen, más conocido como Ben-Gurion.

Un intelectual informado como Piterberg seguramente estaría de acuerdo en que, en Europa, donde la tierra estaba temblando como nunca lo había hecho desde 1848, el nacionalismo judío fue, en primer lugar, un reflejo defensivo. Este nacionalismo no nació completamente armado de la cabeza de Herzl, ni tampoco lo hizo con los primeros partidos sionistas. Herzl y sus sucesores en los salones y antecámaras de los poderosos de la Tierra –no menos que los jóvenes militantes que iban a partir a la conquista de Palestina– estaban dando simplemente, en contacto con los otros nacionalismos de su tiempo y lugar, una expresión política concreta a la identidad judía. Como en todas partes de Europa oriental, la identidad nacional era una identidad herderiana: histórica, cultural, lingüística y religiosa. En todos estos países, la gente se definía a sí misma por me-

⁶ Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1966, p. 299 [ed. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2009].

⁷ *Ibid.*, p. 300.

dio de las mismas características básicas: su lenguaje, la iglesia de su culto, su pasado común con sus antiguas glorias, reales o míticas. Para todos ellos, y los judíos no eran una excepción, la nacionalidad en el sentido de ciudadanía no tenía significado en los imperios multinacionales ruso y austrohúngaro. Herzl sintió que Francia, como representación del Occidente emancipado, se parecía a Austria mucho más de lo que Austria podía parecerse a Francia. Su golpe de genialidad fue precisamente ése: percibió la dirección futura de la historia del siglo xx.

¿Colonialismo de colonos?

Aquí llegamos a un punto de inflexión. Piterberg intenta mostrar que el sionismo no es otra cosa que un nacionalismo tribal del tipo más rígido y nefasto. No un nacionalismo como, por ejemplo, el nacionalismo checo o polaco de los tiempos de Herzl, o como los diferentes tipos de nacionalismo árabe actual; peor que el nacionalismo del *Blut und Boden*. Es «a la vez un movimiento nacional de Europa oriental y un movimiento de colonos europeos». Para situar el sionismo en la tradición colonialista, Piterberg se coloca a sí mismo en una «superestructura» marxista, que es perfectamente legítima pero que necesita una explicación. Piterberg expone claramente sus razones. Viendo que es «problemático comparar la colonización de Palestina con los asentamientos de otras sociedades en términos de tierra, trabajo y determinadas instituciones», hace un llamamiento a «la interpretación de los textos ideológicos, académicos y literarios», ya que «se puede ver que estos textos expresan una conciencia y una imaginación típicamente de colonos». Por ello, el «eje» alrededor del cual gira el libro es «el mito fundacional sionista, que tiene tres manifestaciones: la negación del exilio, el regreso a la tierra de Israel y el regreso a la historia». Piterberg prosigue: «este libro sostiene que el mito es inexorablemente nacional y de colonización de asentamiento, específico y comparable, modelado por las corrientes ideacionales europeas y por la realidad de la lucha colonial»⁸. La implicación es que el nacionalismo judío nunca puede evolucionar; el daño causado por Israel nunca puede ser reparado. Esta idea subyace en todo el argumento. Para Piterberg, no puede haber otra solución que el fin del Estado de Israel. Cualquier otro nacionalismo se puede transformar a sí mismo, pero el único futuro para el «colonialismo de colonos» debe ser la total desaparición del Estado que lo produjo.

Dos comentarios en respuesta a esto. En primer lugar, una colonización que no es comparable, en sus estructuras sociales y económicas, a cualquier otra sociedad colonial no puede llamarse una colonización. Si la Palestina judía de la era del Mandato no estaba basada en ninguno de los rasgos característicos de una sociedad colonial –la explotación de una

⁸ G. Piterberg, *The Returns of Zionism*, cit., pp. xii-xiii.

mano de obra nativa; la confiscación de las riquezas naturales del país; un monopolio del poder político que creaba dos diferentes clases de habitantes, ciudadanos y otros que no tenían derechos—, no podía ser una sociedad colonial. La verdad era más bien lo opuesto: para construir una nación, los judíos de Palestina se formaron a sí mismos como una sociedad cerrada y autosuficiente. El culto al trabajo manual y la necesidad de crear una infraestructura para la recepción de nuevos emigrantes ayudaron a impedir la aparición de relaciones explotadoras.

En segundo lugar está la cuestión de la «superestructura». Muy fácilmente uno podría presentar en contra de la interpretación que hace Piterberg de los textos ideológicos y literarios que él elige, otras interpretaciones y otros textos que prueban precisamente lo contrario. No es por accidente, por ejemplo, que se ignore aquí a Aharon David Gordon, el ideólogo nacionalista judío más importante del siglo xx. Gordon, el profeta del movimiento obrero, era un nacionalista herderiano que consideraba la nación como un organismo vivo, no una colección de ciudadanos, y que era violentamente antimarxista. Pero detestaba todas las formas de explotación y lo que llamaba el «parasitismo»: vivir por cualquier otro medio que no sea tu propio trabajo. Yitzhak Tabenkin, también nacionalista y antimarxista, fue uno de los fundadores del movimiento kibbutz en la década de 1920 y del movimiento del Gran Israel en 1967. Tabenkin apoyaba la conquista, pero aborrecía el colonialismo y quería vivir en una comunidad comunista. Como muchos otros, no supo ver que la conquista de la Ribera occidental crearía, por primera vez en la historia del sionismo, una situación colonial. Estos ejemplos se podrían multiplicar a voluntad.

Los fundadores de Israel, los jóvenes que vinieron a Palestina unos cuantos años antes y después de la Primera Guerra Mundial, nunca ocultaron sus intenciones. El propósito del sionismo era la conquista de Palestina y la creación de un Estado judío. Berl Katznelson, el ideólogo del movimiento obrero, nunca pensó que pudiera haber alguna duda sobre ello: «La empresa sionista es una empresa de conquista», dijo en 1929. Y al mismo tiempo: «No es casualidad el que utilice términos militares cuando hablo de asentamientos». En 1922, Ben-Gurion ya había dicho lo mismo: «Nosotros somos conquistadores de la tierra que nos encontramos con una muralla de hierro que tenemos que atravesar»⁹. Por esta razón el movimiento obrero judío nunca fue un movimiento socialista como los otros, ni el Histadrut fue nunca una organización sindical como el resto. El movimiento obrero se movilizó para construir una nación; por el bien de la unidad nacional abandonó cualquier intención real de cambiar la sociedad. La igualdad no era un objetivo como tal. Los servicios sociales —en aquel momento quizá los más avanzados del mundo al margen de la

⁹ Citado en Zeev Sternhell, *The Founding Myths of Israel: Nationalism, Socialism and the Making of the Jewish State*, Princeton, 1998, pp. 151, 21.

Unión Soviética— eran los que requería el obrero, concebido como un soldado en el gran ejército de los conquistadores de tierras para un pueblo que necesitaba una casa más que cualquier otra comunidad nacional en Europa.

La conquista de la tierra fue así una necesidad existencial. El sionismo era un riguroso nacionalismo, un nacionalismo radical; pero afirmar que los que llegaban eran pobladores blancos conducidos por un modo de pensar colonialista no se corresponde con la realidad histórica. La abrumadora mayoría —los judíos polacos en la década de 1920, los judíos alemanes en la siguiente, las personas desplazadas después de la Segunda Guerra Mundial y del fin del Mandato británico— vino porque no tenía otro sitio adonde ir. Lo mismo se puede decir de los emigrantes después de 1948 expulsados de los países árabes tras la fundación del Estado de Israel. Hablar de una mentalidad colonialista en su caso es absurdo. Las instituciones que se establecieron en el periodo de entreguerras se proponían asegurar la autonomía judía en todas las áreas, en vez de subyugar o expulsar a los árabes de Palestina. Como prueba de su teoría del colonialismo, que resulta anticuada y difícilmente creíble fuera de los círculos políticos virulentamente antisionistas, Piterberg sólo puede ofrecer lo que él considera la «lógica» de una ideología y de un movimiento del que se considera que la limpieza étnica es parte integral.

La utilización de Piterberg del término «agricultura de plantación» es igualmente tendenciosa. Dicho término evoca inmediatamente la Confederación o el cultivo de caña de azúcar en el Caribe. Comparar los pocos pueblos fundados en los años finales del siglo XIX —la primera *Aliyah*— en los que nuevos emigrantes, o judíos que habían decidido abandonar las miserias de la comunidad ortodoxa de Jerusalén, cultivaban el terreno con dificultad, con las plantaciones del Nuevo Mundo no es sociología histórica sino ilusionismo. Estas familias judías tenían un nivel de vida a menudo inferior al de los campesinos árabes que las rodeaban, y se salvaron de la necesidad de abandonar sus campos por la intervención de los Rothschilds franceses. Los campesinos árabes que trabajaban en estos primeros pueblos, los *moshavot*, eran trabajadores asalariados que vivían en la vecindad. El fracaso de esta agricultura a pequeña escala fue lo que condujo a la fundación del kibutz y el *moshav*. La agricultura colectiva o semicolectiva fue el resultado de la búsqueda de una solución que respondiera a las necesidades del momento y no la consecuencia de una decisión ideológica.

Pensadores sionistas

También es interesante la manera en que Piterberg se burla de la pobreza del pensamiento sionista. Todos los eruditos tienen derecho a elegir a los escritores que prefieren, pero dar a la historiadora, especialmente biógrafa, Anita Shapira el estatus de «princesa del sionismo» o de «una desta-

cada intelectual israelí» resulta extravagante¹⁰. Uno se pregunta si la elección de Shapira no se hizo precisamente para denigrar el pensamiento y los estudios sionistas. La profesora Shapira pertenece a la escuela tradicional de la historiografía sionista, que ya tuvo su momento. Llena de debilidades, la principal su conformismo, el trabajo de esta escuela levanta actualmente, en todo caso, una sensación de incomodidad. Pero Shapira nunca pretendió ser una teórica, y ésa es la razón por la cual tiene un lugar tan importante en el libro de Piterberg. Si uno se concentra en Shapira, puede dejar de lado al filósofo socialdemócrata Nathan Rotenstreich, que falleció en 1993, o a Jacob Talmon, el historiador liberal muerto en 1980, con quien la generación de Shapira, que también es la mía, tiene una gran deuda. De nuestra época, Piterberg apenas menciona a intelectuales como el historiador de las ideas Shlomo Avineri o el jurista Amnon Rubinstein, quien, como otros, ha hecho un tremendo esfuerzo para mantener el equilibrio entre los valores particularistas del nacionalismo y los ideales universalistas del liberalismo clásico. El intento de formular un judaísmo secular por parte de Yirmiyahu Yovel y Menachem Brinker tiene un significado comparable para un entendimiento de la vida intelectual israelí. Y resulta extraño que un libro que se declara a sí mismo desde el principio un estudio de la «superestructura», prácticamente ignore el desarrollo del pensamiento sionista desde finales del siglo XIX. Sin duda, resulta más conveniente soltar el propio sarcasmo con Shapira que enfrentarse con Ber Borochov (1881-1917), cuyo intento de crear una síntesis entre marxismo y nacionalismo es tan significativo, si no más, como el de los austro-marxistas.

La única excepción importante aquí es Gershom Scholem, el fundador de los estudios de la Cábala y judío alemán *par excellence*, a quien Piterberg considera un genio. Desde su punto de vista, fue Scholem el que dio al «mito fundacional judío» su forma final como un regreso a la historia. Cualquiera que sea la definición de genio, no hay ninguna duda de que Scholem era un gran intelectual; pero el objetivo de Piterberg es establecer una clara conexión entre Scholem y Carl Schmitt, por medio del uso común que hacen de la «teología política». Ciertamente los judíos alemanes han sido tan alemanes como judíos, y su nacionalismo judío se alimentó con el nacionalismo alemán, pero no todos los nacionalistas alemanes eran nazis: Meinecke, seguido por Ranke, era un nacionalista bismarckiano; Thomas Mann se volvió antinazi cuando se dio cuenta del estado de degradación que su nacionalismo había traído sobre él y sobre su país; pero Schmitt fue quizás el teórico nazi más importante. De esta manera, Piterberg puede trazar la ruta que va desde Herzl, el Lueger-Schönerer sionista, a Scholem, el antiuniversalista Carl Schmitt judío.

En la discusión de Piterberg sobre literatura hebrea, el objeto de análisis privilegiado es una de las figuras más interesantes e importantes, Izhar Smilansky. Piterberg tiene muchas dificultades para decidir si Smilansky

¹⁰ G. Piterberg, *The Returns of Zionism*, cit., pp. 110, 194.

pertenece al lado sionista o al bando postsionista, si es que no al antisionista. Si Smilansky está retratado como un israelí relativamente aceptable es porque, en su novela de 1949 *Khirbet Khizeh*, recogía la expulsión de los árabes y la destrucción de sus pueblos en la Guerra de independencia. Es la «limpieza étnica» inmortalizada en un trabajo clásico, algo que para Piterberg tiene un valor incalculable. Pero Smilansky también fue en 1958 el autor de *Yimei Tziklag*, una magnífica novela que legaba a la posteridad el otro lado de la historia: la épica de la Guerra de independencia. También escribió «Midnight convoy», el último convoy que rompió las líneas egipcias para abastecer a los *kibbutzim* de Negev, símbolo de la victoria que aseguraba la creación del Estado de Israel. Para los israelíes, la obra de Smilansky representa ambos aspectos de la realidad: por un lado, la barbarie de la guerra y las inacabables calamidades que generó; por otro, el heroísmo a que dio lugar y que, a su vez, permitió el establecimiento del Estado judío. Igualmente desde el principio los dos pueblos estaban, y todavía están, defendiendo sus derechos. Los judíos tenían, y todavía tienen, el derecho a un pedazo de suelo propio. Los palestinos tenían el derecho a resistir y todavía tienen el derecho a la libertad, a la independencia y a la compensación.

No hay ninguna discusión amplia sobre Haim Yosef Brenner, probablemente el más grande de los escritores hebreos de todos los tiempos y sionista *par excellence*, asesinado cerca de Tel Aviv en 1921. Brenner no interesa a Piterberg porque murió un cuarto de siglo antes de 1947-1949. De nuevo, a uno le pueden gustar o desagradar Amos Oz y A. B. Yehoshua, «los dos sumos sacerdotes de la actual literatura hebrea»¹¹. Pero convertir a Oz en el símbolo viviente de la «transformación de una colonia de colonos en un Estado-nación de colonos» es algo muy diferente¹². Yehoshua y Oz son dos escritores muy diferentes, pero tienen el sionismo en común, lo que para Piterberg es suficiente para ponerlos en la misma categoría inferior. Yitzhak Laor, un gran poeta, resulta aceptado a causa de su postsionismo, que Piterberg ve como el primer escalón de un tramo que conduce al antisionismo. David Grossmann, un escritor maravilloso, es uno de los más despiadados críticos de la ocupación de Cisjordania y de la política israelí hacia los palestinos. Como sionista, no tiene ningún interés para Piterberg, al margen de que menciona sus obras *Yellow Wind* y *Sleeping on a Wire*¹³. Por otro lado, el joven Oz Shelach, nieto del poeta Yonatan Ratosh, que ha abandonado Israel y dejado de escribir en hebreo, es un principiante que todavía tiene que demostrar su valor. Pero se le trata como a un gigante, el símbolo del futuro que Piterberg otorga a los sionistas. Para Shelach, la lengua hebrea «tiene una ideología consagrada con la que no me encuentro a gusto»¹⁴.

¹¹ *Ibid.*, p. 99.

¹² *Ibid.*, p. 228.

¹³ *Ibid.*, p. 228.

¹⁴ *Ibid.*, p. 194.

Como Piterberg, Shelach se considera a sí mismo un purista. Vivirá en las afueras de Los Ángeles y escribirá en inglés, mientras que los sionistas que durante cuarenta años han militado a favor de acabar con la ocupación, concediendo los derechos nacionales a los palestinos y la creación de un Estado palestino junto a Israel, en sus fronteras de 1967, no merecen más que burla. Ellos son los que «disparan y lloran». Piterberg ridiculiza todo el campo israelí de la paz, a todos los que piensan que la conquista de la tierra hasta 1949 fue una necesidad y por ello fue justa, mientras que la colonización posterior a 1967 creó una situación colonialista con la que hay que acabar urgentemente mediante una retirada de los territorios ocupados. Mantiene que Israel solamente puede obliterar el pecado original de su nacimiento por medio de la desaparición. *The Returns of Zionism* no pretende predicar ante lectores fuera del círculo de los convertidos. Es una polémica inteligente, docta y hábil de un académico bien equipado, pero, a la postre, lo que Gabriel Piterberg nos ha entregado es una invectiva, y como invectiva es como será leído su trabajo.